

EL AZUL DEL CIELO

Gabriel Ríos

Gabriel Ríos es escritor. Sus colaboraciones han aparecido en los suplementos *La Jornada Semanal* (*La Jornada*) y *El Ángel* (*Reforma*), así como en la extinta revista *Equis*.

Aquellas reflexiones de Michel Foucault acerca de las enfermedades mentales, en las que cita a un tal Magnam interesado en la “locura intermitente”, la bipolaridad con la que se están enriqueciendo los laboratorios hoy en día, confirma la psicosis de la unidad de la vida afectiva y el humor.

No olvidamos el fragmento de novela *Dejemos hablar al viento* o el cuento “Justo el 31” de Juan Carlos Onetti, del mantenido y la puta, dispuestos a soportarse un fin de año en un mar de intrascendencias.

Organismos que funcionan según sus normas, como la contraofensiva del animal que no quiere dejarse comer, pero se sabe ya devorado, es la reseña del naturalista Konrad Lorenz, encontrándole lo bueno a la maldad, y a su

vez lo precario de “lo bueno es enemigo de lo mejor”, sin olvidar el instinto de agresión, el que hace andar a palos a nuestro cuerpo.

Pretendemos una introducción para hablar de Georges Bataille, de su novela *El azul del cielo*, con la entrañable Dirty, ebria consumada, asidua a orgías; la imaginamos entre ratas merodeando a su alrededor, acechándola, asestándole mordiscos a un lado del cuello, lesionando su hermoso rostro.

Matar una pieza de caza es una conducta, relatar después que se ha matado es otra conducta, pero en el momento en que se está al acecho, persiguiendo, matando, para relatar luego a los otros la epopeya, tener simultáneamente la conducta real de la caza y la virtual del relato es una ope-

ración doble mucho más complicada que cada una de las otras dos y que sólo en esencia es la más simple. Lo dicen a su manera Foucault y Bataille, que el periodo más desgraciado de cualquier hombre o mujer es involucrarse verbalmente con una persona desahuciada.

Acierta Foucault al decir que sólo en la demencia existe un ser vivo. Con la vista adelante leemos con atención esa carta que le envía la esposa al comediante desde Londres, así como la charla con Lazare, la que no entiende de la impotencia de su interlocutor, ni le in-

teresa su necrofilia hacia las prostitutas. El tono que le imprime Bataille al personaje no deja de ser repetitivo, represivo, de perseguidor a perseguido, existencial por necesidad.

Las preocupaciones hipocondríacas del individuo sumergido en un universo morboso es una realidad que sólo se advierte caricaturizada y metamorfoseada en cada uno de los capítulos de *El azul del cielo*: rarezas, suma de ideas, de tiempo entrecortado por la inmanencia de lo súbito y de lo aterrador, en donde el enfermo escapa gracias al mito de una eternidad vacía.

Con respecto a la guerra que apenas y se toca en *El azul del cielo*, era el motivo por el que Georges Bataille no quería publicarla, seguramente porque sabía que el texto reflejaba perturbaciones funcionales, más que condiciones de posibilidad. Es evidente que a lo largo del libro el narrador pasaba por una angustia, un nudo de significaciones patológicas, con resabios de vida infantil.

La maravillosa Dirty reaparece al final de *El azul del cielo*, opacando a Xénie, Michel, Lazare y al mismo Troppmann; sin embargo, lo único que quedaba entre él y ella era un desencanto hostil, no importando lo mejor del sexo encima de una tumba. Una ironía tan leve como el espectáculo que implicaba la inminente catástrofe hacia 1935: una banda de niños nazis tocando sus instrumentos de aliento ante un público escaso. •

Georges Bataille, *El azul del cielo*, Barcelona, Tusquets (Fábula), 2004, 190 pp.

